

ánimo de arcabucear sucesivamente los tristes restos de nuestro ejército así diseminados, y volar las torres del recinto de la ciudad.

---

---

CAPITULO III.

---

Salió por último de Smolensko la columna imperial hácia las cinco de la mañana del día 14 de noviembre. Su marcha era resuelta todavía, pero triste y taciturna como la noche, como aquella naturaleza muda y descolorida por medio de la cual iba adelantándose.

No se interrumpia aquel silencio sino por el zumbido de los látigazos con que abrumaban á los caballos, y varias breves y violentas maldiciones, cuando se presentaron las barrancas, y los hombres, caballos y cañones, rodaron en la obscuridad unos sobre otros por aquellos declives de hielo. Fué de cinco leguas aquella primera jornada. La artillería de la guardia, para andarlas, necesitó de veinte y dos horas de esfuerzos.

Llegó sin embargo aquella primera columna sin suma pérdida de hombres á Korythnia, que dejó atrás Junot con su cuerpo de egército westfaliano, reducido á setecientos hombres. Se habia mandado que una vanguardia se adelantase hasta Krasnoe; y aun diversos heridos y hombres desbandados se hallaban ya en las inmediaciones de Liady. Korythnia, dista cinco leguas de Smolensko; Krasnoe, las mismas de Korythnia; y Liady, cuatro de Krasnoe. Entre Korythnia y Krasnoe, á dos leguas por la derecha del camino real, corre el Borístenes.

Se une en Korythnia con la calzada otro camino que es el de Elnia á Krasnoe, el cual nos traia en aquel dia mismo á Kutusof que le cubria todo entero con noventa mil hombres; flanqueaba y se adelantaba á Napoleon, y por senderos que van de uno á otro camino, enviaba vanguardias para embarazar nuestra retirada.

Una de ellas que Ostermann, dicen, mandaba, se presentó al mismo tiempo

que Napoleon en las inmediaciones de Korythnia.

Llegó á apostarse otra segunda, á tres leguas por delante de nosotros, hácia Merlino y Nikoulina, detras de una quebrada que flanquea el lado izquierdo de la calzada; y emboscada allí en el flanco de nuestra retirada, esperaba nuestro paso: este era Miloradowitch con veinte mil hombres.

Llegaba una tercera á Krasnoe, que sorprendió durante la noche, pero la rechazó Sebastiani que acababa de entrar en aquella poblacion. Apostada ultimamente otra cuarta mas adelante, se interpuso entre Krasnoe y Liady, y cogió en el camino real á muchos generales y otros militares que marchaban separados.

Al mismo tiempo Kutusof, con el grueso de su egército, marchaba y se establecia á las espaldas de aquellas vanguardias, gloriándose del triunfo de sus maniobras, que su lentitud le hubiera hecho malograr sin nuestra poca prevision, porque fué una lucha de faltas, en que habiendo sido

mas graves las nuestras, pensamos perecer todos. Dispuestas así las cosas, hubo de creer el general ruso que le pertenecía de derecho el ejército frances; pero el hecho nos salvó. Kutusof se faltó á sí mismo en el momento de la acción; su avanzada edad ejecutó á medias y mal lo que había combinado sabiamente.

Mientras que aquellas abultadas masas se disponían alrededor de Napoleon, posegado este en una ruina casuca, la única que quedaba del aldea de Korythnia, aparentaba ignorar ó despreciar todos aquellos movimientos de hombres, armas y caballos que le circundaban por todas partes; á lo menos no envió ninguna orden de apresurarse, á los tres cuerpos que se habían quedado en Smolensko, y el mismo esperó que amaneciera para ponerse en movimiento.

Su columna se adelantó sin precaucion, la precedía una multitud de merodeadores que se apresuraban para llegar á Krasnoe, cuando se les presentó á dos leguas de

esta ciudad una hilera de Cosacos, colocados desde las alturas de nuestra izquierda hasta el medio del camino real. Asombrados nuestros soldados, se pararon; no contaban con semejante sorpresa, y creyeron al principio que un hado adverso había trazado sobre la nieve entre ellos y la Europa aquella línea larga, negra é inmovil, como el fatal término señalado á sus esperanzas.

Embrutecidos algunos con la miseria, insensibles, con los ojos clavados hácia su patria, y siguiendo maquinal y tenazmente aquella direccion, no escucharon aviso ninguno, y fueron á entregarse; los otros se formaron en pelotones, y permanecieron contemplándose por una y otra parte. Pero sobreviniéron bien presto algunos oficiales; pusieron algun orden en aquellos hombres desbandados; y siete ú ocho tiradores que ellos despacharon, bastaron para superar aquel tan terrible obstáculo.

Celebraban los Franceses el atrevimiento de una tan vana demostracion, cuando

rompió repentinamente el fuego de una batería enemiga, colocada en las alturas de nuestra izquierda. Las balas atravesaban la calzada; se manifestaron tambien por el mismo lado treinta escuadrones, que amenazaron al cuerpo westfaliano que se adelantaba, y cuyo gefe no dió disposicion ninguna por haberse turbado.

Un oficial herido, desconocido de aquellos Alemanes, y que la casualidad habia conducido allí, se apoderó con indignada voz del mando de aquel cuerpo.

Obedecieron los Alemanes, igualmente que su gefe. Desaparecieron las distancias convencionales en aquel urgente peligro. Habiéndose presentado el hombre superior realmente, sirvió de contraseña á aquella multitud, que se agolpó alrededor suyo, y en la que este pudo ver al general en gefe mudo, parado, recibiendo docilmente su impulso, y reconociendo su superioridad, que disputó despues del peligro, pero de que no trató de vengarse, como acaee con mucha frecuencia.

Aquel oficial herido era Excelmans! Todo lo fué en aquella accion, general, oficial, soldado, y aun artillero, porque echó mano á una pieza abandonada, la cargó, asestó, y la hizo servir todavía contra nuestros enemigos. En cuanto al gefe de los Westfalianos, su funesto y temprano fin, despues de aquella campaña, movió á presumir, que excesivas fatigas y las resueltas de crueles heridas le habian condenado á morir.

Viendo el enemigo que marchaba en buen orden aquella cabeza de columna, no se atrevió á atacarla sino con sus balas de cañon; que se despreciaron, dejándolas bien presto atras. Cuando les tocó á los granaderos de la antigua guardia, pasar por medio de aquel fuego, se apretaron alrededor de Napoleon, como una fortaleza movible, ufanos de protegerle. Su música sirvió de expresion á aquel orgullo. Hízole ella oir, en lo mas vivo del peligro, aquella tocata cuyas palabras son tan bien conocidas: « En donde puede

estar uno mejor que en el seno de su familia? » Pero el emperador, que no se descuidaba de nada, la interrumpió exclamando: « Decid mas bien, velemos por la salud del imperio ! » Dicho mas conducenté á su preocupado ánimo y general posicion.

Volviéndose importunos al mismo tiempo los fuegos del enemigo, mandó Napoleon que fueran á apagarlos, y llegó á Krasnoe de allí á dos horas. El único aspecto de Sebastiani y de los primeros granaderos que se le adelantaban, habia bastado para arrojar de aquella poblacion á la infantería enemiga. Allí entró Napoleon inquieto, ignorante de lo que le tocaba hacer, y con una caballería muy debil para que pudiese descubrirle el campo fuera de tiro de la calzada. Dejó á espaldas á Mortier y la nueva guardia, alargando así de lejos una muy debil mano á su ejército y resuelto á esperarle.

No habia sido sangriento el paso de su columna, pero esta no habia podido

triunfar del terreno como de los hombres; el camino era montuoso, cada eminencia retuvo diversos cañones que no se clavarón, y varios bagages que se pillaron antes de abandonarlos. Vieron los Rusos desde sus colinas todo lo interior del ejército, sus debilidades, su deformidad y sus mas vergonzosas partes, ultimamente cuanto por lo comun se oculta con la mayor solicitud.

Sin embargo, pareció que Miloradowitch, desde su encumbrada posicion se habia contentado con insultar al paso el emperador y aquella antigua guardia, el espanto de la Europa tantos tiempos hacia. No se atrevió á recoger sus restos hasta luego despues que hubo pasado; se alentó entonces, estrechó sus fuerzas y bajando de sus alturas, se estableció fuertemente con veinte mil hombres en medio del camino real, con cuyo movimiento separaba del emperador á Eugenio, Davoust y Ney, y cerraba el camino de la Europa á estos tres gefes.

## CAPITULO IV.

Mientras que este general Ruso se preparaba así, Eugenio se esforzaba á reunir en Smolensko sus dispersadas tropas; arrancólas con sumo trabajo del saqueo de los almacenes, y no logró reunir ocho mil hombres hasta bien adelantado el dia 15. Le fué necesario ofrecerles víveres y mostrarles la Lituania, para determinarles á ponerse en camino. La noche detuvo al príncipe á tres leguas de Smolensko, y la mitad de sus soldados habian abandonado sus banderas. Prosiguió marchando en el siguiente dia con cuantos el frio de la noche y de la muerte no habian fijado alrededor de sus bivaches.

Habia cesado el ruido de la artillería que se habia oido la víspera; y la columna

real se adelantaba penosamente uniendo sus reliquias con las que iba encontrando. Engolfados al frente de ella el virey y su gefe de estado mayor en sus tristes pensamientos, dejaban que sus caballos marchasen libremente. Se apartaron de su tropa insensiblemente y sin advertir la distancia, porque el camino estaba plagado de rezagados y de hombres que caminaban á su antojo, y á los cuales se habia renunciado mantener en el orden.

Continuaron en esta forma hasta dos leguas de Krasnoe, pero un singular movimiento que ocurría entonces por delante de ellos, fijó sus distraidas miradas. Muchos hombres desbandados se habian detenido repentinamente: alcanzándoles los que les seguian, se agolparon con ellos; otros mas adelantados ya retrocedian hácia los primeros, se amontonaban, fué bien presto una informe masa de gente. Sorprendido entonces el virey miró á su lado y hecha de ver que se ha adelantado una hora de marcha de su cuerpo

de ejército; que no tiene cerca de sí mas que unos mil y quinientos hombres de todos grados y naciones, sin arreglo, gefes, orden, ni armas dispuestas ó acomodadas para una pelea, y que le intiman que se entregue.

¡ Una general exclamacion de ira, desecha semejante intimacion ! Pero el parlamentario Ruso que se presentó solo, insistió diciendo : « Napoleon y su guardia están derrotados ; veinte mil Rusos os rodean ; no os queda mas recurso que en las condiciones honrosas que Miloradowitch os propone. »

A estas palabras Guyon, uno de aquellos generales, cuyos soldados todos se habian muerto ó dispersado, se arrojó de la multitud, y exclamó con voz recia : « ¡ Volveos prontamente al sitio de donde habeis venido, y decid al que os envia, que si él tiene veinte mil hombres, nosotros tenemos ochenta mil ! » Y turbado el Ruso, se retiró.

Un instante habia bastado para este

suceso, y las columnas de la izquierda vomitaban ya relámpagos y remolinos de humo ; una lluvia de bombas y metralla, barria la calzada, y diversos frentes de terribles columnas, mostraban sus bayonetas.

Permaneció vacilante por un momento el virey ; le repugnaba apartarse de aquella desgraciada tropa, pero dejándola encargada á su gefe de estado mayor, se volvió él mismo á sus divisiones para traerlas á la pelea y hacerlas vencer el obstáculo antes que fuese insuperable, ó perecer allí mismo ; porque el orgullo de una corona y tantas victorias, se daban por ofendidos de la palabra rendicion.

Guillemínót entre tanto llama los oficiales que en aquel amontonamiento se hallan mezclados con los soldados. De allí salen muchos generales, coroneles, un sinnúmero de oficiales, los cuales le rodean ; conciértanse, y proclamándole por su gefe, forman pelotones de todos

aquellos hombres, hasta entonces confundidos en una sola masa que era imposible remover.

Hízose este arreglo bajo un vivísimo fuego. Varios oficiales superiores se colocaron arrogantemente en sus filas, y volvieron á ser soldados. Algunos marineros de la guardia, por un efecto de otra arrogancia, no quisieron para gefe suyo sino á uno de sus oficiales, mientras que cada uno de los demas pelotones estaban bajo el mando de un general. Hasta entonces sostuvieron su prerogativa que ningun respecto humano podia hacerles olvidar y que fué respetada.

Dispuestas en esta forma todas aquellas buenas gentes, prosiguieron marchando hácia Krasnoe, y habian pasado mas allá de las baterías de Miloradowitch, cuando dirigiendo este sus columnas hácia los flancos, los estrechó tan de cerca que los obligó á defenderse. Es necesario decirlo para eterna gloria de aquellos guerreros: estos mil y quinientos Fran-

ceses é Italianos, habiendo uno contra diez, y no teniendo en su favor mas que serenidad resuelta y algunas armas habilitadas para hacer fuego, impusieron respeto á sus enemigos por espacio de una hora.

Pero no parecia el virey y los restos de las divisiones: una mas dilatada resistencia era imposible, y se repetian las intimaciones de rendir las armas. Se oia sonar á lo lejos la artillería por delante y detras, durante aquellas breves suspensiones. « ¡Así pues, se vió atacado todo el ejército á un mismo tiempo, y era una continuada batalla desde Smolensko á Krasnoe!; Si se querian socorros, no habia pues que esperarlos; era preciso ir á buscarlos! pero ¿hácia donde? Hácia Krasnoe, era imposible: estaba muy distante aquel parage y todo daba indicios de que allí se peleaba. Seria menester por otra parte volver á la retida; y aquellos Rusos de Miloradowitch, que gritaban desde sus filas que se rindieran las armas, estaban muy cer-



canos para atreverse á volverles las espaldas. Valia mucho mas, supuesto que se veia Smolensko, y que el príncipe Eugenio estaba hácia aquella parte, estrechase en una sola masa, ligar bien todos los movimientos, y marchando valerosamente, entrar de nuevo en Rusia por medio de aquellos Rusos; incorporarse con el virey, volver despues todos juntos, derrotar á Miloradowitch, y llegar ultimamente á Krasnoe.»

A esta proposicion del gefe, respondieron con un grito de uniforme consentimiento. Cerrada en masa inmediatamente la columna, se arrojó por medio de diez mil fusiles y cañones enemigos; y llenos de asombro al principio aquellos Rusos, se abren y dejan que aquel corto número de guerreros desarmados se adelante hasta el centro suyo. Despues, comprendiendo la resolucion, sea admiracion ó lástima, desde ambos lados de la calzada que los batallones enemigos tienen coronados, gritan á los nuestros que se detengan,

los ruegan y conjuran que se entreguen, pero no se les responde mas que con una marcha resuelta, un fiero silencio y la punta de las armas. Rompen entonces todos los fuegos Rusos á quema ropa, y cae herida ó muerta la mitad de la heroica columna.

La restante continuó sin que ni siquiera uno solo se apartase del grueso de su tropa, á la cual no se atrevió á aproximarse Moscovita ninguno. Pocos de aquellos infelices volvieron á ver al virey y sus divisiones que se adelantaban. Unicamente entonces se desunieron, y volaron á echarse en medio de aquellas débiles filas, que se abrieron para recibirlos y protegerlos.

Las estaba barriendo hacia ya una hora la artillería de los Rusos, al mismo tiempo que una mitad de sus fuerzas habia perseguido á Guilleminot y obligádole á retroceder: Miloradowitch, al frente de la otra mitad, habia detenido al príncipe Eugenio; la derecha enemiga estaba apo-

yada en un monte que protegian diversas alturas enteramente guarnecidas de cañones, su izquierda tocaba con el camino real, pero mas detrás, tímidamente y reusándose. Esta disposicion habia sugerido la de Eugenio. La columna real, á proporcion que habia llegado, se desplegó á la derecha de aquel camino, con su derecha mas adelante que su izquierda. El príncipe dejaba así, entre él y el enemigo la calzada sobre que se luchaba: la ocupaba cada uno de los ejércitos por la izquierda.

Colocados los Rusos en una tan ofensiva posicion, se defendieron en ella; y unicamente sus balas de cañon atacaban al príncipe. Se habia trabado un cañoneo terrible por su parte, y casi nulo por la nuestra. Fatigado de sus fuegos Eugenio, se resuelve; llama á la decimacuarta division francesa, dispónela á la izquierda de la calzada, le enseña la altura arbolada en que se apoya el enemigo, y que hace la principal fuerza suya; es el punto decisivo, el nudo de la

dificultad, y para hacer caer lo restante, es preciso cogerla. No contaba con ello Eugenio, pero este esfuerzo atraeria hácia allí la atencion de las fuerzas enemigas, quedaria libre quizás la derecha del camino, y se trataria de aprovecharse de él.

Trescientos soldados formados en tres partidas, fueron los únicos á quienes se pudo persuadir que subieran á aquella altura. Vióse que aquellos hombres sacrificados avanzaban resueltamente contra millares de enemigos, y colocados en una formidable posicion. Adelantóse una batería de la guardia italiana para protegerlos; pero la destrozaron desde el principio las de los Rusos, cuya caballería se apoderó de ella despues.

No obstante esto, los trescientos Franceses, en quienes la metralla hacia sumos estragos, perseveran y llegaban ya á la posicion enemiga, cuando salen de repente á galope por ambas partes del monte dos crecidos cuerpos de caballería, que caen

sobre ellos y los pasan á cuchillo. Todos perecieron, llevándose consigo cuanta disciplina y valor quedaban en su division.

Entonces volvió á parecer el general Guillemiot. Que el príncipe Eugenio en una tan crítica situacion, con cuatro millares de hombres debilitados, tristes restos de cuarenta y dos mil, no haya desesperado, y haya manifestado todavía una audaz serenidad, no debe estrañarse en este gefe; pero que la vista de nuestro desastre y el ardor del triunfo, no hayan infundido á los Rusos mas que unos esfuerzos indecisos, y que ultimamente hay an dejado que la noche termine la refriega, es lo que nos ofrece todavía hoy dia materia de asombro. Era tan nueva la victoria para ellos, que teniéndola en la mano, no supieron aprovecharse de ella, y dejaron para el siguiente dia la conclusion de la batalla.

Pero el virey echaba de ver que atraidos los mas de los Moscovitas por sus demostraciones, se habian dirigido hácia la iz-

quierda de la calzada, y esperaban que la noche, fiel aliada del mas débil, hubiese encadenado todos sus movimientos. Dejando entonces algunas lumbres hácia allí para engañar al enemigo, se aparta de su posicion, y enteramente por medio de la campiña dió vuelta, y se adelantó silenciosamente á la izquierda del campo de Miloradowitch, mientras que muy seguro este general de su triunfo, soñaba allí en la gloria de recibir al siguiente dia la espada del hijo de Napoleon.

Hubo en medio de esta arriesgada marcha un momento terrible. En el instante mas crítico, cuando aquellos hombres, reliquias de tantas batallas, retenian su aliento y el ruido de sus pisadas á lo largo del ejército ruso; cuando todo para ellos dependia de una mirada, de un grito de alarma, saliendo repentinamente reluciente la luna de una densa nube, llegó á alumbrar sus movimientos. Oyese al mismo tiempo una voz rusa, que les grita que se detengan, y les pregunta ¿quienes son? Se

tuvieron por perdidos; pero Kliski, Polaco, vuela hácia aquel Ruso; y hablándole en su idioma sin turbarse, le dice en voz baja: « ¡ Calla , desdichado ! ¿ no ves que somos del cuerpo de Ouwarof, y que vamos en expedicion secreta ? » ! Engañado el Ruso , calló !

Pero acudian varios Cosacos á cada paso hácia los flancos de la columna, como para reconocerla ; volviéndose despues al grueso de su banda se adelantaron sus escuadrones muchas veces con visos de querer atacar ; pero nunca pasaron mas adelante, sea incertidumbre sobre lo que ellos veian, porque fueron engañados tambien, sea prudencia , porque la columna se detuvo frecuentemente mostrándoles un frente determinado.

Se salió por último á la calzada despues de dos horas de una cruel marcha ; y el virey estaba ya en Krasnoe, cuando en el 17 de noviembre, bajando Miloradowitch de sus alturas para cogerle ,

solo halló en el campo de batalla á varios rezagados , que ningun esfuerzo habia podido arrancar de junto á la lumbre en la vispera.